

Según el sapo, es la pedrada: consideraciones sobre la estrategia nacional de formación continua de profesores

Aguilar Mier, Marisol

2016-04

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2418>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

SEGÚN EL SAPO ES LA PEDRADA: CONSIDERACIONES SOBRE LA ESTRATEGIA NACIONAL DE FORMACIÓN CONTINUA DE PROFESORES.

**Por: Mtra. Marisol Aguilar Mier*

Hace ya algunas semanas se presentaron los resultados de la *Evaluación del Desempeño Docente* que tuvo lugar en nuestro país. De sus implicaciones, fallas y aciertos ya se ha hablado mucho durante los últimos días por lo que no se pretende en este texto ahondar más sobre el tema. Lo que ahora está en la mesa de discusión es el proceso de formación del magisterio que se ha desprendido del ejercicio evaluativo y cuyo análisis merece toda nuestra atención.

¿De qué se trata? El Secretario de Educación, Aurelio Nuño, presentó la llamada *Estrategia Nacional de Formación Continua de Profesores de Educación Básica y Media Superior* anunciando que los maestros serán capacitados a través de 550 cursos gratuitos –presenciales y a distancia-, impartidos por universidades públicas y privadas, y algunas escuelas normales del mayor nivel. Además, precisó que para ello se ha destinado un presupuesto histórico que consta de mil 809 millones de pesos con los que se harán “trajes a la medida” en el dominio de conocimientos disciplinares y el fortalecimiento de competencias pedagógicas.

Ahora bien, aunque todavía no se cuenta con suficiente información para hacer un juicio de valor sobre esta estrategia, existen ciertos componentes que deberían ser tomados en cuenta para que un proyecto tan costoso que implicará trabajo, tiempo y esfuerzo realmente tenga éxito. Se mencionan a continuación.

Para empezar, hay que reconocer el acierto de **vincular los resultados de la evaluación a un proceso de formación docente**. La Reforma Educativa ha dado un peso preponderante a la evaluación, y si bien esta es una función esencial, no es un fin, sino un medio que debería aportar información de carácter retroalimentador para mejorar las prácticas. Por ello, el paso natural justamente es generar las estrategias de formación que ayuden a ir contrarrestando las áreas de oportunidad que se han detectado mediante la evaluación. No obstante, la ecuación de la SEP parecería bastante sencilla: evaluación+formación=mejora. Pero esto no es tan simple pues ofrecer un conjunto de cursos no va a generar –como por arte de magia- cambios que tengan un impacto positivo en el aprendizaje de los alumnos.

Si consideramos que la docencia es la actividad de quien sólo se ocupa de aplicar técnicas de enseñanza en el salón de clases, estaremos cayendo en un reduccionismo poco útil, pues seguramente bajo esta premisa la formación constará de cursos cargados de contenido que más bien funcionarán como procesos de capacitación –más no de formación- impuestos y además, descontextualizados de los verdaderos desafíos del aula, de las necesidades reales y de las situaciones que enfrenta día a día cada profesor y profesora.

Por ello, el primer paso para una formación efectiva y pertinente es reconocer la **complejidad de la docencia** dado que se trata de una práctica multidimensional y ello implica definir qué es y qué hace un “buen profesor”, tarea por demás difícil pues curiosamente existen discrepancias que dependen del cristal –en este caso, de la teoría educativa- con el que se mire y del actor al que se le pregunte. Por tanto, caracterizar lo que significa la docencia de calidad es fundamental para contar con un referente que oriente los esfuerzos de formación docente; no como camisa de fuerza o como “ideal” imposible de alcanzar, sino como un perfil flexible y abierto que considere ciertas competencias indispensables y mínimas necesarias para esta profesión.

Aunado a lo anterior, es preciso partir de una **visión integral de la docencia**. La complejidad a la que nos hemos referido párrafos arriba incorpora tres dimensiones básicas: la disciplinar, la pedagógica y la personal. La *dimensión disciplinar* se asocia con el conocimiento y experiencia que el profesor tiene respecto a aquello que enseña. La *dimensión pedagógica* se refiere a cómo el profesor traduce y estructura los conocimientos de tipo profesional y disciplinar en objetos de enseñanza que faciliten a los estudiantes aprehender el conocimiento. Y finalmente, la *dimensión personal* tiene que ver con las relaciones que establece el profesor con los alumnos y con sus propias creencias y actitudes hacia la docencia.

De este modo, la “puesta en escena” de todos los componentes que intervienen en un proceso de enseñanza-aprendizaje, determinan el conjunto de elementos con los que el docente significa, interpreta, decide y actúa. Por lo tanto, un proceso formativo debe considerar estas tres dimensiones de manera articulada pues justamente la interacción constante entre ellas es la que va modelando la función del profesor.

Todo lo anterior, supone **concebir a los profesores como actores sociales de cambio** que transforman, y no sólo como ejecutores eficaces que, una vez “capacitados” conocen su materia y poseen herramientas para cumplir con lo que se les pida. Es por ello que la formación debe

implicar un proceso de **re-significación de la docencia** para que ésta se asuma como una práctica dinámica y reflexiva. Es decir, se pueden llevar a cabo múltiples evaluaciones con instrumentos bien armados y ofrecer un abanico amplio de cursos sobre temáticas variadas pero nada sucederá si con ello no se logra detonar en el propio docente un proceso de *auto-análisis y autoevaluación* desde el cual, pueda ser capaz de mirar sus resultados de manera crítica y hacerse preguntas sobre sus modos de proceder, sus creencias, sus debilidades y fortalezas. Este tipo de ejercicio supone asumir la propia práctica con profundidad para ir avanzando de una visión de la docencia como transmisión de conocimientos a una visión de la docencia como construcción de aprendizajes.

La autoevaluación docente entonces, es el único medio para lograr que los profesores realicen cambios reales en su manera de enseñar y puedan autogestionar su formación logrando que su práctica sea progresivamente más *competente, autónoma e innovadora*. A esto deberíamos aspirar.

Ahora bien, todo lo anterior nunca será suficiente si no se ataca de manera estructural el problema. Para transformar la educación es necesario cambiar todo el sistema actual y ello implica revertir prácticas nocivas que han imperado durante muchos años: *según el sapo es la pedrada*.

La autora es profesora de la **Universidad Iberoamericana Puebla**.

Este texto se encuentra en: <http://circulodeescritores.blogspot.com>

Sus comentarios son bienvenidos